

## JUEGOS DE PATRIOTAS

José Felipe Coria

Tom Clancy era un gris agente de seguros en un pueblito de Maryland. Un día, inesperadamente, se encontró almorzando con el *staff* de la Casa Blanca y manteniendo conversaciones privadas con el entonces presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan. Más tarde comenzó a dar con cierta regularidad conferencias para los agentes de la CIA y para expertos internacionales en espionaje e inteligencia. Clancy era una celebridad con tres cosas publicadas: una anodina carta al director de un periódico, un artículo de tres cuartillas sobre el misil MX y su primera novela: *A la caza del Octubre Rojo*. Fue ésta la que realmente lo proyectó a las más altas esferas, volviéndose lectura de cabecera del mismísimo Reagan, quien la calificó como "el relato perfecto". *The Wall Street Journal* fue igualmente generoso: "Un buen *thriller*... autenticidad sin defectos, estremecedora-mente genuino".

El modesto Clancy debía su celebridad a que en sus ratos de ocio se dedicó en cuerpo, alma y corazón a realizar una extensísima investigación en torno a las estrategias militares soviético-estadunidenses, y a averiguar a fondo todo acerca de la más avanzada tecnología bélica de ambos bandos.

Un artículo de periódico acerca del motín en una fragata soviética, la información que había acumulado y las ganas de hacer una novela de suspenso, le permitieron escribir su *Octubre Rojo*. No sabía que pronto se le consideraría el padre del *techno-thriller*.

La literatura de Clancy parte de muchas fuentes, pero principalmente de Ian Fleming, Frederick Forsyth y John Le Carré, en el terreno literario, y de la serie de películas del agente 007, James Bond.

De Fleming obtuvo el acento tecnológico, pero ya no como una posibilidad realizable sino como una realidad. De Forsyth tomó el gusto por la trama enredada que se desarrolla en diversos escenarios de importancia mundial, en los que el planeta está a un paso de perder su estabilidad. De Le Carré comprendió la necesidad de ver al adversario más humanamente, como una paradoja para demostrar la inhumanidad de las situaciones planteadas en sus novelas para, entrando en un terreno muy cinematográfico, justificar moralmente a su James Bond, el especialista de "la Compañía" Jack Ryan, en sus actos de violencia o en el ejercicio de una justicia implacable.

A su favor estaba todo el escenario mundial: comenzó a escribir en plena *perestroika* y antes de que se desmoronara el imperio soviético. Esto le permitió especular en torno a las posibilidades, muy cercanas, de una Tercera Guerra Mundial ultratecnificada, lo que volvió cada uno de sus libros objetos de culto de la cultura de masas.

Cuando Clancy publicó su quinta novela, *Peligro inminente*, el *New York Times* dijo que "sus temas son auténticos y se adelantan a los encabezados". Finalmente, como autor no se había detenido en torno al conflicto Unión Soviética-Estados Unidos, ya que en *Juegos de patriotas* le había entrado al tema del terrorismo internacional, encarnado en el ERI, y en *Peligro* al problema mundial del narcotráfico. Incluso a lo largo de su más reciente novela, *La suma de todos los miedos*, sobre las relaciones entre Occidente, Israel y Medio Oriente, estuvo presente la Guerra del Golfo. Clancy había convertido su olfato periodístico en un poderoso instrumento con el que intensificaba la trama de sus novelas, y también las ventas.

Era tan rica la veta explorada por Clancy que una legión de imitadores surgió, cometiendo errores graves: pusieron el acento únicamente en la tecnología e incluyeron en sus tramas un elemento que Clancy extirpó: el erotismo. Si bien James Bond era elegante y un agente dispuesto a la aventura amorosa, Clancy consideró que los tiempos ya no están para eso. Además, sin erotismo sus historias intensificarían sus alcances ideológicos y su seriedad. Sin erotismo, todo sería más auténtico, más cotidiano, más cercano. La ficción estaría controlada férreamente, nada quedaría al azar, ninguna fantasía invadiría el terreno de la estructura política de la novela, lo que volvería la lectura más absorbente, más excitante, más exitosa.

Clancy atrajo inmediatamente el interés de Hollywood, con un pero: ¿cómo adaptar a la pantalla tan voluminosas ficciones? Y claro: ¿cómo obtener un pedazo de la tajada del éxito de Clancy sin tener que pagarla? El productor Mace Neufeld encontró una respuesta viable: comprar en paquete. A la larga, los costos de los derechos se reducirían considerablemente.

El paquete que compró Neufeld incluyó las tres novelas más significativas de Clancy: el *Octubre Rojo*, *Juegos de patriotas* y *Peligro inminente*. La primera, con una estructura tan abstracta, tan fragmentada, le fue encargada al director John Mc-Tierna, que siempre ha resuelto con solvencia sus abstracciones espaciales y argumentales.

Novela de la tecnología submarina, *Octubre Rojo*, como película, fue un ejercicio visual de grandes escenarios, de espacios ultratecnificados que encarnaban al peligro (por medio de un submarino nuclear soviético del que se ignoraba si defeccionaría o atacaría a Occidente) de una conflagración mundial.

La astucia de Neufeld, en tiempos de la *glasnost*, estuvo en cancelar la tensión de la duda al poner en el papel del almirante soviético a Sean Connery. Esto le dio una calidez al personaje que en la novela no tenía. Y al representar a Jack Ryan con los amables y frágiles rasgos de Alec Baldwin, también cambió el perfil, un tanto duro y calculador, de la novela.

Al introducir en los personajes una constante ambigüedad moral, Mc-Tiernan se preocupó por acentuar la asombrosa relación entre hombre y tecnología. La cinta, por supuesto, se volvió abstracta en sus espacios

y mucho menos maniquea en sus consideraciones ideológicas. El orden siempre re-establecido en Occidente en otras muchas películas sobre espías, era aquí presentado como una búsqueda de la unidad: a pesar de los recelos occidentales, los soviéticos podían ser unos aliados valiosos en el nuevo orden mundial: la Historia sublimada en el territorio de la ficción filmica.

*Juegos de patriotas*, la novela, insiste en las virtudes tecnológicas y en la posibilidad de acabar con el terrorismo gracias a esta tecnología que puede rastrear cualquier pista de manera infalible. La parte central de la historia se sostiene en los horrores de un secuestro, esta vez realizado en la familia de Jack Ryan. Para Clancy, la historia es un mero pretexto para estructurar otro rompecabezas que el lector va armando conforme avanza en la lectura. En este juego, el tiempo no es vital, mas sí el convencimiento que el lector debe tener al final de la necesidad de eliminar el terrorismo, sin importar sus causas, de manera contundente y definitiva.

Para la versión filmica, Neufeld contrató los servicios del director australiano Philip Noyce que se ha caracterizado por contar historias de pocos personajes y espacios cerrados. En esta, su primera superproducción, prefirió dejar de lado la espectacularidad de los escenarios, y no pensar tanto en términos arquitectónicos. *Juegos de patriotas*, la película, se concentra en lo estrictamente humano y en la desideologización de las razones para acabar con el terrorismo. Esto no quiere decir que sea ambigua en su conclusión, sino que las imágenes, condensadas, totalmente convincentes, resumen en unas cuantas acciones el rechazo hacia el terrorismo. No necesitaba más Noyce, pero sí insistir en una característica del héroe contemporáneo. Así, Jack Ryan (Harrison Ford) ya no actúa por honor o por la patria: actúa por interés personal. La diferencia es fundamental con el personaje de la novela. En esa diferencia sustenta gran parte de su éxito: el cine es una experiencia colectiva, pero hay que impresionar al individuo, hacerlo sentir que lo que está pasando en la pantalla puede sucederle a él en cualquier momento. La criminalidad no tiene fronteras, en consecuencia, el héroe tiene que ser como uno de nosotros.

Noyce se preocupa por una buena factura, pero el énfasis está en transformar la anterior imagen de Ryan, la de Baldwin, por la de un personaje mucho más duro e instintivo. Y ya que este anti-James Bond carece de cualquier *glamour* erótico, ha incrementado su penetración y simpatía al ser un simple hombre casado que sólo defiende a su familia. Demostrar los estragos que el terrorismo produce en la familia inocente es más efectivo que cualquier panfleto. Era fácil que Neufeld y Noyce compartieran la idea e hicieran una película sin muchos riesgos.

Clancy, sin embargo, escribe mucho para su sociedad y tiene una sensibilidad que va directamente al corazón, que no al intelecto, del hombre medio estadounidense, de ahí las ventas millo-narias de sus libros. Esto, claro está, lo lleva a ser parcial y muchas veces peligrosamente maniqueo, más aún cuando a pesar de los libros escritos, no es un autor muy experimentado. Sabe contar sus historias y armar con coherencia relatos tan fragmentarios, pero a costa de esquematizar lo humano, de hacer personajes de un trazo titubeante o demasiado rígido. Hasta ahora, las dos incursiones filmicas basadas en sus novelas han transformado eso con un pequeño detalle: el reparto. Pero esto no lo tendrán tan fácil para la siguiente película: *Peligro inminente*.

*Peligro inminente* toca demasiados temas sensibles que recientemente han levantado polémica mundial y que, en una novela pueden pasar, pero en una película resultarían detonantes. La historia cuenta los afanes de diversas organizaciones, de la DEA al ejército estadounidense y por supuesto la CIA, para acabar con el narcotráfico de raíz, esto es, en los países de origen, básicamente en Colombia, donde sucede la mayor parte de la historia.

Los narcotraficantes son los desempleados naturales, tanto de la crisis económica global como del Tercer Mundo, comandados ya no por un Escobar Gaviria sino por un desempleado del ex-bloque soviético: un agente de inteligencia cubano, formado por la KGB, convencido que debe acabar con el capitalismo con drogas, pero ya no por su ideología sino porque le gusta mucho el dinero y la buena vida.

Si bien el anti-héroe ha perdido su calidad moral, la novela ha ido un límite más allá de lo permisible al justificar operaciones encubiertas e incluso un acto terrorista (reventarle un misil a los *narcos* en una granja) que lo mismo justifica invadir un país o secuestrar a naturales de ese o de cualquier otro lugar.

La mercadotecnia de Hollywood funciona a nivel mundial y es muy sensible ante el posible rechazo que pudiera sufrir cualquiera de sus productos por atentar contra muchas nacionalidades o una en específico. Sin embargo, con los malos tradicionales ya vueltos amigos, la búsqueda de nuevos malos es peligrosa. Si Neufeld resuelve, como hasta ahora, las dificultades que proponen las novelas de Clancy, con un simple reparto bien elegido, estaremos ante un nuevo tipo de *thriller* que ha ido en franca oposición, a contrapelo, del material original. Lo que hablaría a favor de un Hollywood que prefiere un *thriller* más humanizado, más elemental, más clásico, más divertido, y con una ideología latente pero sepultada tras el impacto de las imágenes, que vuelve al patriotismo un juego.